

ABATE
DINOUART
EL ARTE DE
CALLAR



Demasiado a menudo olvidamos que un ser que habla es también un ser capaz de «producir silencio», y para recordarlo están los tratados de retórica de los siglos XVI y XVII. El arte de hablar es sin duda un arte excelente, pero ¿quién nos enseña el arte de guardar silencio? Paradójicamente, *El arte de callar* constituye otro capítulo del *ars rhetorica*, del cual ha sabido asimilar todos los fines prácticos; pues no se trata simplemente de callarse, sino de una inducción más sutil: en definitiva, del arte de

intervenir en el otro a través del silencio. Así, el abate Dinouart nos inicia en los diversos tipos de silencio, enseñándonos los principios necesarios para callar en el debido momento, porque «hablar mal, hablar demasiado o no hablar bastante son los defectos ordinarios de la lengua».

Este ensayo fue escrito en París en el año 1771 por el abate Joseph Antoine Toussaint Dinouart (1716-1786), un eclesiástico «mundano» y polígrafo del siglo XVIII. Escribió sobre los temas más diversos, sobre todo en torno a las mujeres, y

en 1749 publicó *Le triomphe du sexe*, que le costó la excomuni3n.



Joseph-Antoine-Toussaint
Dinouart

El arte de callar

ePub r1.0

Daruma 05.10.14

Título original: *L'Art de se taire,*
principalement en matière de religion
Joseph-Antoine-Toussaint Dinouart, 1771
Presentación: Jean-Jacques Courtine y
Claudine Haroche
Traducción: Mauro Armiño
Retoque de cubierta: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.1



Presentación

Las paradojas del silencio

Al padre B. Lamy, que le hacía entrega de su *Arte de hablar*, el cardenal Le Camus le habría hecho, a modo de agradecimiento, la siguiente pregunta: «Es, sin duda, un arte excelente; pero ¿quién nos escribirá *El arte de callar?*».

Tal es el origen de la idea que llevó al abate Dinouart a publicar, en 1771, su *Arte de callar, principalmente en*

materia de religión^[1], si hemos de creer a uno de sus biógrafos. Pero ¿se propone el abate Dinouart escribir un tratado del silencio que sería un arte de no decir nada, de no hacer nada? ¿Pretende poner fin, con *El arte de callar*, a la larga serie de artes de hablar que jalonan la retórica de la edad clásica? ¿O poner un punto final a la idea misma de retórica? Nada de eso. *El arte de callar* es, en efecto, un *Arte de hablar*, un capítulo más de la retórica.

Debido, ante todo, a la posición paradójica de quien lo enuncia, se ve obligado, para dictar sus reglas, a infringirlas, porque no hay nada fuera

del lenguaje, ni nada contrario a la retórica. Tampoco hemos de esperar hallar en Dinouart el enunciado de una mística, la reivindicación de un mundo enclaustrado en el silencio, o un intento de articular lo inefable en una lengua fundamental. Dinouart no es un contemplativo, sino un hombre de mundo y un polemista. *El arte de callar* no es un tratado ni del recogimiento ni del éxtasis: no tiene por meta callar ante Dios, ni trata de enunciar en una lengua mística el silencio primero en que Dios y el hombre estaban confundidos. No ha perdido ninguna de las finalidades prácticas de las artes retóricas: no es un

arte de hacer silencio, sino más bien *un arte de hacer algo al otro por el silencio*.

Un signo, una sonrisa que se os escape puede volver más criminales todavía a los que se escapan por creer que os divierten y os agradan. Que hable entonces vuestro rostro por vuestra lengua. El sabio tiene un silencio expresivo que se vuelve una lección para los imprudentes y un castigo para los culpables^[2].

El rostro habla por la lengua y no basta, para callarse, con cerrar la boca. Porque «no habría en eso ninguna diferencia entre el hombre y los

animales»^[3]. El silencio del hombre *debe significar*; *El arte de callar* es un paradójico arte de hablar, invita a «gobernar» o «contener la lengua», a otorgarle sólo una «libertad moderada» para incitar mejor a la *tacita significatio* de la elocuencia muda, la del cuerpo y del rostro: *El arte de callar es un arte y una disciplina del cuerpo*, una contribución a esa parte fundamental de la retórica, tan importante en la edad clásica y luego despreciada: *la acción oratoria*.

Y al tratado de Dinouart le interesa recordar, siguiendo muchos otros, que el silencio es un componente fundamental

de la elocuencia. Que no podría comprenderse el efecto de un discurso a partir únicamente de la invención verbal que ese discurso puede desplegar, como no podríamos restringir la retórica a una taxonomía de giros y figuras. Y que, a poco que aceptemos apartarnos del «torrente» y del «abuso» de las palabras, veremos al cuerpo del orador ponerse silenciosamente a hablar. En efecto, en materia de elocuencia, la acción «se dice de todo lo exterior del orador, de su actitud, de su voz, de su gesto, que debe casar con el tema que trata: “La acción”, dice Cicerón, “es por así decir *la elocuencia del cuerpo*: tiene

dos partes, la voz y el gesto. Una afecta al oído, la otra, a los ojos; dos sentidos, dice Quintiliano, por los que hacemos pasar nuestros sentimientos y nuestras pasiones al alma de los oyentes”»^[4]. La acción es un arte del cuerpo y un arte de la voz. En *El arte de callar*, Dinouart abandona la *pronunciación* y limita la retórica del cuerpo al gesto y a la expresión, que reduce incluso a un *arte de lo poco*, el del cuerpo inmóvil, del gesto medido, de la expresión contenida. Desde este punto de vista, *El arte de callar* es indisociable de otro tratado del abate Dinouart, aparecido en 1754: *L'Éloquence du corps dans le*

ministère de la Chaire ou l'action du prédicateur [La elocuencia del cuerpo en el ministerio del púlpito o la acción del predicador]. Este último ya anunciaba *El arte de callar*: «Un hombre embargado por un gran sentimiento permanece inmóvil un momento. Esa especie de sobrecogimiento mantiene en suspenso el alma de todos los oyentes»^[5].

Se encontrarán ahí, de *El arte de callar*, todos los elementos de lo que constituye el fondo de la obra: el recuerdo de *la dimensión del silencio en la elocuencia del cuerpo*, de un lado; las exigencias de una *ética del silencio*

en la palabra y en la escritura, del otro.

Prácticas del silencio: plagio, censura, civilidad

Dinouart nos dice que habría una epidemia de hablar y de escribir:

La furia por hablar y por escribir sobre la religión, sobre el gobierno, es como una enfermedad epidémica, que afecta a un gran número de cabezas entre nosotros. Tanto los ignorantes como los filósofos del día han caído en

una especie de delirio^[6].

Son muchos los enfermos, según el diagnóstico del abate, «que se han perdido por la lengua, o por la pluma». El tono es entonces violentamente polémico. Dinouart tiene sus blancos: los «nuevos filósofos» o «filósofos del día», que se dedican a abusar de las palabras. Y Dinouart arremete contra los racionalismos de todo género, contra la dialéctica, contra el materialismo y contra todos los pensamientos que sitúan la razón por encima de la revelación, la fe o la tradición. La razón se autoriza a hablar y a explicar allí donde el espíritu

debería permanecer en silencio frente al misterio de la fe. Y, más allá del filósofo, condena al incrédulo y al hipócrita, al libertino y al espíritu corrompido, al herético y al blasfemo. Arremete contra el exceso de palabras y, sobre todo, contra la difusión del libro, contra el «veneno» de los libros y contra el escritor como «envenenador público», que corrompe el Estado, las costumbres y la religión.

Siempre se consideró como un mal sin remedio la circulación de una obra anticristiana que, pasando de mano en mano con una rapidez sorprendente, difunde las tinieblas en todas partes

donde se detiene^[7].

El arte de callar participa así de la respuesta al desarrollo de las fuerzas políticas y de las corrientes filosóficas que, en esa segunda mitad del siglo XVIII, impugnan la autoridad de la Iglesia, mientras la vida social y la investigación científica escapan paulatinamente a la enfeudación religiosa y mientras el ascenso de las luces y del individualismo minan el control de los estamentos tradicionales. La publicación, en 1771, de *El arte de callar* es un acto político, una llamada al orden, en el sentido más fuerte del

término.

Hay que defender a la Iglesia y reducir al silencio a quienes la atacan. Es entonces cuando el texto se convierte en testigo de una nostalgia: está habitado por el recuerdo de un *poder perdido de hacer callar*. «¿Cómo cerrar la boca a los hipócritas?»^[8], se pregunta la voz anónima que habla a través de Dinouart. Y el texto sueña entonces con una «reforma general de los escritores», que comenzaría «por una búsqueda puntual y severa, poco más o menos como la que se emplea cuando se trata de exterminar de un país a los envenenadores»^[9]. Nostalgia tardía, defensiva y desplazada

del gran silencio de la Inquisición: *El arte de callar* amenaza entonces a los filósofos charlatanes con la «espada de la justicia», con el «fuego vengador», con las «lágrimas de la penitencia» y con el «silencio eterno»^[10].

La Iglesia es, en verdad, una madre tierna y compasiva que no exige la muerte del pecador; desea ardientemente que viva y se convierta; ese es el objetivo de sus afanes; esa es la meta de sus lágrimas y de sus plegarias; pero su ternura tiene límites^[11].

Sin embargo, habrá que considerar remedios más suaves, porque la edad de

los silencios a hierro y fuego ya ha pasado.

En el pasado se empleaba una voz muy breve para acallar a quienes apartaban a los fieles del culto establecido para honrar al verdadero Dios. Se lapidaba a los impíos, de acuerdo con la orden de la ley antigua... Medios realmente vigorosos, pero los hay más suaves y más conformes con el espíritu de la religión^[12].

En adelante, habrá que pensar en Dios en silencio, meditar, reflexionar, hablar poco. Hacer del silencio una disciplina, antes que un *mandamiento*, un imperativo moral antes que un acto de

fe. Y volverse así «cristiano y súbdito».

Deseo que la presente obra sea útil en esta época en que el silencio se ha vuelto indispensable, por ser, para muchas personas, un medio seguro de conservar el respeto por la religión y de procurar al Estado ciudadanos fieles, discretos y virtuosos^[13].

Por ejemplo, en *El arte de callar*, puede leerse, en la medida en que el tratado condensa o recapitula un conjunto de problematizaciones del silencio a lo largo de la edad clásica, un desplazamiento de la cuestión del silencio de la fe a las costumbres. De

este modo, la obra refleja a su manera la ruptura entre religión y moral que progresivamente se ha producido en los siglos XVII y XVIII^[14]. La religión deja entonces de abarcar las conductas públicas y privadas, de darles un sentido cuando se ve «romperse la alianza institucional entre el *lenguaje* cristiano que enuncia la tradición de una verdad revelada y las *prácticas* proporcionadas por un orden del mundo»^[15].

El sistema que hacía de las creencias el marco de referencia de las prácticas es sustituido por una ética social que formula un «orden» de las

prácticas sociales y relativiza las creencias religiosas como un objeto que hay que utilizar^[16].

El silencio enamorado o estremecido frente a Dios es sustituido progresivamente por un arte de callar, de «contener la lengua» como buen cristiano y como súbdito virtuoso, a medida que las prácticas civiles van separándose de los comportamientos religiosos. Los arrebatos de la fe muda dejan paso a una enseñanza de las «virtudes» cuyos artesanos fueron los jesuitas al situarse deliberadamente en el campo de las prácticas civiles y al introducir en ellas «civilidad»,

«honestidad» y «deber de Estado»... El tema religioso del silencio, al servicio de la razón de Estado, fundamenta entonces una pedagogía de la contención, una disciplina de la reserva, un arte de la reticencia.

El primer grado de la sabiduría es saber callar; el segundo es saber hablar poco y moderarse en el discurso; el tercero es saber hablar mucho, sin hablar mal y sin hablar demasiado^[17].

Silencios del lenguaje,

lenguajes del rostro

La primera parte de la obra, que trata de las relaciones del arte de callar con la palabra, introduce la cuestión del silencio en el orden de los principios, de las especies y de las causas. Es decir, en primer lugar, en el orden de las prácticas, de los preceptos que regulan las relaciones del silencio con la palabra «en la conducta ordinaria de la vida». Tras esta lista de usos, viene la inscripción en el dominio del *lenguaje* y de la *expresión* de una clasificación de las especies de silencio. Dinouart establece entonces una tipología de las

maneras de callar que es una semiótica del silencio —donde se enumeran los signos distintivos de las diferentes especies— tanto como una pragmática —donde se analizan los efectos sobre los otros del arte de callar—. A esta semiología viene a corresponder, por último, una tipología de orden psicológico, que interpreta las distinciones semiológicas establecidas en una teoría de los temperamentos y de las pasiones^[18]. A Dinouart sólo le quedará entonces particularizar esos preceptos generales aplicándolos a las actitudes respecto de la religión y a los deberes ligados a los «estados»

específicos de un conjunto de categorías y de condiciones sociales (los jóvenes y las personas mayores, los grandes y el pueblo, los sabios y los ignorantes...).

«Sólo se debe dejar de callar cuando se tiene algo que decir más valioso que el silencio». En punto a costumbres, el tratado plantea al mismo tiempo la preeminencia y la anterioridad del silencio sobre la palabra. «El tiempo de callar debe ser el primero cronológicamente; y nunca se sabrá hablar bien, si antes no se ha aprendido a callar»^[19]. Esa primacía, otorgada aquí a una pedagogía del silencio sobre

una enseñanza de la palabra, encuentra la importancia reconocida a la prudencia en el enunciado de la sabiduría popular y al silencio como signo distintivo de una conducta inspirada por la prudencia. Si el «silencio es oro», es que la memoria de las costumbres populares desconfía de la palabra, y que prefiere a la palabra la inmovilidad de un mutismo que no compromete a nada. «Es cierto que, en líneas generales, se arriesga menos callando que hablando». Si el silencio es oro, lo es sobre todo porque cuesta menos.

La superioridad del silencio sobre la

palabra en la conducta ordinaria de la vida se basa así en un ideal de conservación de sí mismo que saca sus recursos de la inmovilidad y que ve en la palabra un riesgo. Si el tratado tiene mucho cuidado en separar silencio y palabra, en señalar su carácter insustituible y en invertir esa jerarquía de valores que tanto prestigio otorga al verbo, es porque en la palabra hay el peligro de una *desposesión de sí*:

El hombre nunca es más dueño de sí que en el silencio: cuando habla parece, por así decir, derramarse y disiparse por el discurso, de forma que pertenece menos a sí mismo que a los demás^[20].

El hombre se pierde en la palabra. La palabra es eso que escapa, ola, fluencia, herida abierta; derramamiento donde el cuerpo se vacía y se expande, se disipa en el exterior de él mismo. En *El arte de callar* leemos el temor a una pérdida de sustancia corporal, si la lengua se desata alguna vez. El azar de la palabra es el riesgo de dejar de pertenecerse, de haber perdido el *dominio de sí* con que el hombre de la edad clásica maneja las pasiones a su antojo. Estas ideas del tratado de Dinouart sobre las amenazas de la palabra son eco, tomado de la *Conduite pour se taire...* [Conducta para callar],

de Morvan de Bellegarde, de una preocupación que invade los manuales de civilidad, tratados de bienestar y de cortesía mundana del siglo XVIII: la palabra y, más generalmente, la expresión —la del cuerpo y del rostro— son concebidas como el lugar de las pasiones que la razón y la voluntad deben embridar y someter.

«No hay mayor señorío que el de sí mismo, de sus afectos», escribe, por ejemplo, Baltasar Gracián en su *Oráculo manual*^[21]. Y añade a propósito de la lengua que es una «rebelde apasionada e independiente», «una bestia salvaje que es difícilísimo

encadenar, una vez que ha escapado».

Pero *El arte de callar* hace más que proponer una disciplina del lenguaje, otro arte de hablar que vendría a poner en práctica, en el campo de la palabra, el ideal psicológico del control de las pasiones gobernadas, respondiendo al modelo cartesiano del *Tratado de las pasiones*. Si conviene hacer del silencio un arte y una virtud, es para acallar el lenguaje; porque, en ese *lugar de exceso*, donde el sujeto puede dejar de pertenecerse, corre el peligro de ser más de los demás que de sí mismo. Porque el ejemplo posee virtudes de defensa que habrá que cultivar. Virtudes mínimas sin

duda, cercanas a la nada, pero que, sin embargo, pueden hacer las veces de sabiduría en un hombre limitado, o de capacidad en un ignorante: no decir nada es decir que se sabe, o tal vez que se comprende. *El arte de callar* es en este punto un arte de la *presunción*: callar es hacer que los demás supongan que uno sabe. No hay exceso en temer al silencio —al contrario de lo que ocurre con la palabra—, porque la nada está menos afectada por la categoría del tropo. Por tanto, más vale «pasar por no ser un genio de primer orden, permaneciendo a menudo en silencio, que por un loco, dejándose arrastrar por el prurito de

hablar demasiado»^[22].

Así pues, el imperativo del silencio responde al mismo tiempo a un ideal psicológico dominado por el control de uno mismo y a un modelo de conducta social gobernado por la prudencia. En el siglo XVII se encarna en el *Cortesano*, célebre sobre todo por Gracián^[23], a quien el silencio ofrece múltiples recursos: evitar el exceso y seguir así la vía, sin duda poco gloriosa pero más segura, del justo medio, de la *aurea mediocritas*; hacer del silencio un espacio de control y de cálculo que nos pone a cubierto del otro; finalmente, utilizar *El arte de callar* para agarrar a

otro, apoderarse de él y dominarlo.

Dice Gracián en *El Héroe* que, para los políticos profundos, descubrir toda la capacidad de un hombre y gobernarlo viene a ser lo mismo. Más cierto le parece al escritor español que no existe diferencia alguna entre dejar que los demás capten nuestras pasiones y prestarles armas para que se conviertan en nuestros dueños.

Esta *política del silencio* como argucia y como táctica no es la que sigue el tratado de Dinouart, que apela a una *ética del silencio* animada por un ideal de sinceridad más cercano en este punto a moralistas del siglo XVII como La

Bruyère o La Rochefoucauld.

El silencio es necesario en muchas ocasiones, pero siempre hay que ser sincero; se pueden retener algunos pensamientos, pero no debe disfrazarse ninguno. Hay formas de callar sin cerrar el corazón; de ser discreto, sin ser sombrío y taciturno; de ocultar algunas verdades, sin cubrirlas de mentiras^[24].

Así pues, hay que hacer callar al lenguaje. Pero, a la inversa, hay que *hacer hablar al silencio*. Hacerle hablar es, ante todo, reconocer sus diferentes especies en los signos que las distinguen. Como en una historia natural del silencio, que sería de hecho una

historia natural de las ocasiones, las circunstancias y las conductas en que el silencio se impone en la vida social. También supone decir el modo y el lugar de su enunciación:

Es un silencio inteligente cuando en el rostro de una persona que no dice nada se percibe cierto talante abierto, agradable, animado, e idóneo para reflejar, sin la ayuda de la palabra, los sentimientos que se quieren dar a conocer^[25].

El silencio habla el lenguaje del rostro. El arte de callar es un arte del rostro. Ese arte de la elocuencia muda

que es un arte del cuerpo que habla participa en la acción retórica.

El rostro es lo que más observa el oyente en la acción. En él juegan su papel todas las pasiones; pertenece a cualquier país y a cualquier lengua. Los más ignorantes saben leerlo; reconocen en él la devoción, la disipación, la alegría, la tristeza, la cólera, la compasión. Debe ajustarse al tema, y permitir sentir o adivinar los movimientos del alma. Algunas veces habla con mayor eficacia que la palabra más elocuente; previene en favor o en contra del orador, según la primera impresión que el autor recibe de él^[26].

Así pues, en el rostro hay que

reconocer un lenguaje del silencio. Habla la lengua universal de las pasiones, que precede a la palabra misma, porque esta es más inmediata y más eficaz. Se ofrece en una legibilidad primera, anterior a los códigos y a los saberes. Tal vez, incluso ese lenguaje del cuerpo ofrezca el estado primero de la lengua, su condición de posibilidad, el origen de toda retórica. Acaso dé acceso a una dimensión simbólica anterior a la palabra, a una semiótica del silencio que la palabra ya no conseguiría alterar.

Dinouart enumera entonces las formas del silencio táctico: se trata,

como en Gracián, de una pragmática de la fisionomía que despliega las estratagemas silenciosas de la captación y de la manipulación del otro. Está el silencio «artificial» el silencio falaz del disimulo cuando uno solamente calla para «sorprender»^[27]; el silencio «complaciente» de la lisonja, engranaje esencial del arte del cortesano, silencio en espejo; el silencio «burlón», disfrute secreto del otro; el silencio de «desprecio», uso táctico de la reserva y de la espera; el silencio de la frialdad impasible, cuando callar es hacer hablar al otro, llevarlo a declararse, a hacer el primer movimiento. Disimular, obligar

al rostro al silencio de la impasibilidad o bien a los artificios del trampantojo es entonces, como para Maquiavelo o para Gracián, gobernar.

La tradición en que se inscribe el tratado de Dinouart se desmarca en parte, sin embargo, del juego cínico de las máscaras y de los espejos. A esta política del silencio que hace del rostro un instrumento de dominación del otro sin ser dominado uno mismo, Dinouart opone una ética fundada en la prudencia, en la ocasión y en una relación de medias tintas con la verdad. La elocuencia sagrada que Dinouart celebraba en *L'Éloquence du corps* se

ha transformado y diluido en los comportamientos ordinarios de expectativa, de reserva, de contención, de reticencia. Retórica profana y civil de un cuerpo reducido únicamente al rostro, sacrifica la *nobilitas* —el silencio del porte majestuoso que impone al otro silencio y respeto— a la *varietas*, es decir, a una ciencia de las ocasiones, a un arte de las circunstancias guiado por la habilidad y la prudencia. El hombre silencioso de Dinouart es, como el cortesano de Gracián, un «ingeniero de la ocasión»^[28]. Su silencio es «prudente cuando se sabe callar oportunamente,

según el momento y los lugares en que nos encontremos en sociedad»^[29]. Ahí estriba la política propia de *El arte de callar*, diferente en este punto de la de Maquiavelo o de la de Gracián: es menos un arte de gobernar al otro que una forma de resistirse a su dominio; es más un uso pasivo de la circunstancia que un uso ofensivo de la ocasión. Arte defensivo de la circunspección, de la espera; de quien contemporiza, de quien no se compromete ni se descubre. Arte del medio donde la verdad no se dice realmente ni se oculta del todo.

El silencio político es el de un

hombre prudente que se reserva y se comporta con circunspección, que jamás se abre del todo, que no dice todo lo que piensa, que no siempre explica su conducta y sus designios; que, sin traicionar los derechos de la verdad, no siempre responde claramente, para no dejarse descubrir^[30].

En este *arte neutro del decir a medias* hay que ver sin duda las fuentes religiosas y morales de componentes esenciales de las actitudes jurídicas y políticas burguesas: la obligación jurídica de reserva impuesta a los servidores del Estado; la conminación al silencio, la ausencia de opinión o la neutralidad política de todos aquellos

para quienes la política debe ser acallada.

Una ética del silencio

Así pues, en la tradición en que se inscribe Dinouart, hay ciertos elementos de una ética del silencio. Este último figura en ella menos como *cálculo* que pretende una influencia sobre el otro que como *medida* destinada a asegurar el control sobre uno mismo.

La segunda parte de la obra, que trata de la relación del silencio con la

escritura, lo confirma. Repite, a propósito del escrito, lo que ya adelantaba sobre la palabra; también aquí se trata de respetar al príncipe y a la religión, y de combatir el exceso: el exceso de libros, los excesos de los libros (la repetición y el plagio, la invasión de los comentarios y de las obras de segunda mano; la inflación del número de libros y de autores; la gratuidad, la insignificancia, la ilegibilidad de los escritos...). A favor del príncipe y la religión «nunca se escribe bastante»; contra el gobierno, contra Dios, «se escribe demasiado»; y «se escriben cosas inútiles». El escritor

debe ser una especie útil, como una «abeja, cuyo trabajo es precioso, delicado, útil para los hombres y para ella misma»^[31].

Conviene, sobre todo, combatir esa «extraña enfermedad de escribir», esa pasión por volverse autor que impulsa a un número tan grande a «estropear el papel». Dinouart critica la precipitación, condena la furia de escribir; se escribe demasiado, hay que cultivar el estudio, la reflexión; es *el tiempo del silencio*, tiempo del pensamiento, que precede al tiempo de escribir y lo permite.

Es en el tiempo del silencio y del estudio cuando hay que prepararse para escribir [...]. ¿Por qué os precipitáis arrastrados por la pasión de ser autores? Esperad, sabréis escribir cuando hayáis sabido callaros y pensar bien^[32].

Así pues, en *El arte de callar* hay un llamamiento a la reserva, a la reflexión, a la contención, que tal vez sea interesante recordar en una época en que la exigencia de escribir y de comunicar tiende a plegarse a las leyes de un mercado donde el pensamiento se convierte en una mercancía.

El arte de callar puede invitar a reflexionar sobre esa histerización de la

escritura ligada al desarrollo del individualismo y del narcisismo contemporáneos; a resistir las conminaciones a *tener que escribir*; y, tal vez, en sentido amplio, a la obligación que cada uno siente de expresarse. Porque el imperativo de hablar o de escribir es hoy más fuerte y más general que el imperativo de callar.

Por ello, *El arte de callar* puede llevar a pensar en los efectos que sobre el escrito produce una *teatralización de la palabra*. El éxito de los escritos está hoy vinculado la mayoría de las veces a una dramatización oral, corporal, escénica de la escritura. *Ser legible es*

desde ahora ser visible. Ese es el signo de una paradójica indiferencia por la cosa escrita, de cierto desapego. Lo escrito, tomado en los efectos de la palabra, tiende entonces a revestir sus mismos caracteres: su inmediatez, pero también su brevedad y su volatilidad. *Scripta volent.* La obsolescencia de los libros aumenta, y con ella su multiplicación, favoreciendo una escritura de la urgencia.

De este modo se anuncia un riesgo, se concreta un peligro: que, sobre el fondo de una indiferenciación de tantas voces que claman su singularidad, se instalen un *silencio de las convicciones,*

una *indiferencia al pensamiento*.

Jean-Jacques Courtine
y Claudine Haroche

El arte de callar

Prólogo

El cardenal Le Camus le decía al padre Lamy, del Oratorio, cuando le ofreció una de sus obras titulada *El arte de hablar*: «Es, sin duda, un arte excelente; pero ¿quién nos escribirá *El arte de callar?*». Porque sería prestar un servicio esencial a los hombres darles esos principios y convencerlos de que les interesa saber ponerlos en práctica.

¡Cuántos se han perdido por la lengua, o por la pluma! ¿No sabemos acaso que muchos deben a una palabra imprudente, a unos escritos profanos o impíos su expatriación, su proscripción, y que ni siquiera su infortunio ha podido corregirlos?

La furia por hablar y por escribir sobre la religión, sobre el gobierno, es como una enfermedad epidémica, que afecta a un gran número de cabezas entre nosotros. Tanto los ignorantes como los filósofos del día han caído en una especie de delirio. ¿Qué otro nombre dar a estas obras con que nos abruman, de las que están proscritos la verdad y

el razonamiento y que sólo contienen sarcasmos, burlas y cuentos más o menos escandalosos? La licencia se ha llevado a un punto que no puede uno pasar por ingenio, por filósofo, si no se habla o se escribe contra la religión, las costumbres y el gobierno.

¿Curará a esos cerebros enfermos la obra que presento? No, desde luego, porque esas cabezas muestran un soberano desprecio por quienes todavía honran la virtud. En efecto, la nueva filosofía lo permite todo, salvo ser cristiano y súbdito. Al menos podré mostrar cuán culpables son, e impedir que algunos de los que empezarán a

dejarse seducir por su ejemplo caigan en los mismos extravíos. Hoy la filosofía ya no es más que un abuso de la palabra. Hay que volver a la idea de Sócrates y a la de Séneca cuando, hablando de los gramáticos, de los geómetras y de los físicos, decían: «Hay que ver si todos estos hombres nos enseñan o no la virtud; si nos la enseñan, son filósofos». Júzguese por esta máxima a los autores que merecen el nombre de filósofo, que tantos escritores y pretendidos ingenios se atribuyen a sí mismos en nuestra sociedad.

Sea cual fuere el sexo y la condición de quienes lean esta enseñanza, cada

cual podrá aprovechar, de lo que se dice en general, la parte que le toca. No me corresponde a mí ponerla en práctica, y aunque tuviese libertad para ello, no podría utilizarla sin pecar acaso contra las reglas del silencio que propongo a los demás.

Del mismo modo que hay dos vías para explicarse, una por las palabras y otra por los escritos y los libros, así también hay dos maneras de callar: una conteniendo la lengua y otra conteniendo la pluma. Es lo que me permite hacer observaciones sobre la forma en que deben permanecer en silencio los escritores, o explicarse en público a

través de sus libros, según esta advertencia del sabio: «Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar».

Un autor del siglo pasado, cuyo nombre no he conseguido descubrir, dejó en una carta brevísima algunas reglas para hablar; he adoptado sus principios y he desarrollado sus ideas. Deseo que la presente obra sea útil en esta época en que el silencio se ha vuelto indispensable, por ser, para muchas personas, un medio seguro de conservar el respeto por la religión y de procurar al Estado ciudadanos fieles, discretos y virtuosos.

Primera parte

Introducción

Poseemos reglas para el estudio de las ciencias y para los ejercicios del cuerpo. La república literaria está llena de *Artes de pensar*, de *Artes de la elocuencia*, de *Introducciones a la geografía*, a *la geometría*, etc. ¿Por qué entonces no habría de enseñarse el *Arte de callar*, arte tan importante y tan poco conocido? Tratemos de explicar sus principios y su práctica. No empezaré

esta obra por la exposición de las ventajas que de ella sacamos; todo el mundo las conoce; en esta introducción me limitaré a unas cuantas observaciones necesarias para la lectura de esta obra.

1. No se puede dar un conocimiento exacto de ciertos hechos sin explicar al mismo tiempo otros, con los que mantienen relaciones esenciales; por ejemplo, no se puede hablar de las tinieblas sin conocimiento de la luz, ni del reposo sin relación con el movimiento, etc. Así pues, al tratar del silencio a menudo haré reflexiones sobre la palabra, con el fin de explicar

el primero con más claridad respecto a la otra o, mejor dicho, con el fin de explicar los dos juntos, distinguiendo cuidadosamente, sin embargo, lo que afecta a las reglas del silencio.

2. Supongo aquí que, para callar bien, no basta con cerrar la boca y no hablar; no habría en eso ninguna diferencia entre el hombre y los animales; estos son mudos por naturaleza; hay que saber gobernar la lengua, reconocer los momentos en que conviene contenerla, o darle una libertad moderada; seguir las reglas que la prudencia prescribe en esta materia; distinguir, en los acontecimientos de la

vida, las ocasiones en que el silencio debe ser inviolable; ser de una firmeza inflexible cuando se trata de observar, sin equivocarse, todo lo que se considera conveniente para callar bien; y todo esto supone reflexiones, luces y conocimiento. Con esta mira tal vez dijeron los antiguos sabios que, «para aprender a hablar, hay que dirigirse a los hombres; pero sólo a los dioses incumbe enseñar perfectamente cómo se debe callar».

3. El conocimiento del que hablo es diferente entre los hombres mismos, según la diversidad de sus caracteres. He ahí el punto distintivo de la forma de

callar, que parece común a sabios y a ignorantes; luego lo explicaré.

El primer grado de la sabiduría es saber callar; el segundo es saber hablar poco y moderarse en el discurso; el tercero es saber hablar mucho, sin hablar mal y sin hablar demasiado.

Establezcamos los principios en los que se basa la presente obra: se utilizarán oráculos del más prudente de los hombres, máximas de los Padres de la Iglesia y de los sabios que tuvieron la reputación de ser los hombres más esclarecidos de su siglo.

Capítulo I

Principios necesarios para callar

1. Sólo se debe dejar de callar cuando se tiene algo que decir más valioso que el silencio.

2. Hay un tiempo para callar, igual que hay un tiempo para hablar.

3. El tiempo de callar debe ser el primero cronológicamente; y nunca se sabrá hablar bien, si antes no se ha

aprendido a callar.

4. No hay menos debilidad o imprudencia en callar cuando uno está obligado a hablar que ligereza e indiscreción en hablar cuando se debe callar.

5. Es cierto que, en líneas generales, se arriesga menos callando que hablando.

6. El hombre nunca es más dueño de sí que en el silencio: cuando habla parece, por así decir, derramarse y disiparse por el discurso, de forma que pertenece menos a sí mismo que a los demás.

7. Cuando se tiene algo importante

que decir, debe prestársele una atención particular: hay que decírsela a uno mismo, y, tras esta precaución, repetírsela, no vaya a ser que haya motivo para arrepentirse cuando uno ya no sea dueño de retener lo que ha declarado.

8. Si se trata de guardar un secreto, nunca calla uno bastante; el silencio es entonces una de esas cosas en las que de ordinario no hay exceso que temer.

9. La reserva necesaria para guardar bien silencio en la conducta ordinaria de la vida no es una virtud menor que la habilidad y el cuidado en hablar bien; y no hay más mérito en explicar lo que uno

sabe que en callar bien sobre lo que se ignora. A veces el silencio del prudente vale más que el razonamiento del filósofo; el silencio del primero es una lección para los impertinentes y una corrección para los culpables.

10. A veces el silencio hace las veces de sabiduría en un hombre limitado, y de capacidad en un ignorante.

11. Por naturaleza nos inclinamos a creer que un hombre que habla muy poco no es un gran genio, y que otro que habla demasiado es un hombre aturdido o un loco. Más vale pasar por no ser un genio de primer orden, permaneciendo a

menudo en silencio, que por un loco, dejándose arrastrar por el prurito de hablar demasiado.

12. Es propio de un hombre valiente hablar poco y realizar grandes hechos. Es de un hombre de sentido común hablar poco y decir siempre cosas razonables.

13. Por más inclinación que tengamos al silencio, siempre hay que desconfiar de uno mismo; y, si tuviésemos demasiado deseo de decir algo, a menudo eso mismo sería motivo suficiente para decidirse a no decirlo.

14. El silencio es necesario en muchas ocasiones, pero siempre hay que

ser sincero; se pueden retener algunos pensamientos, pero no debe disfrazarse ninguno. Hay formas de callar sin cerrar el corazón; de ser discreto, sin ser sombrío y taciturno; de ocultar algunas verdades, sin cubrirlas de mentiras.

Capítulo II

Diferentes especies de silencio

Hay un silencio prudente y un silencio artificioso.

Un silencio complaciente y un silencio burlón. Un silencio inteligente y un silencio estúpido.

Un silencio aprobatorio y un silencio de desprecio. Un silencio político.

Un silencio de humor y de capricho.

1. El silencio es prudente cuando se sabe callar oportunamente, según el momento y los lugares en que nos encontremos en sociedad, y según la consideración que debemos tener con las personas con quienes nos vemos obligados a tratar y a vivir.

2. El silencio es artificioso cuando uno solamente calla para sorprender, bien desconcertando a quienes nos declaran sus sentimientos sin darles a conocer los nuestros, bien aprovechando lo que hemos oído y observado sin haber querido responder de otro modo que mediante maneras engañosas.

3. El silencio complaciente consiste

no sólo en aplicarse en escuchar sin contradecir a quienes se trata de agradar, sino también en darles muestras del placer que sentimos con su conversación o con su conducta; de modo que las miradas, los gestos, todo supla la falta de la palabra para aplaudirles.

4. El silencio burlón es una reserva maliciosa y afectada para no interrumpir, en las cosas carentes de sentido o desconsideradas, las tonterías que oímos decir, o que vemos hacer, para gozar del placer secreto que proporcionan quienes son sus víctimas, imaginándose que uno los aprueba y

admira.

5. Es un silencio inteligente cuando en el rostro de una persona que no dice nada se percibe cierto talante abierto, agradable, animado, e idóneo para reflejar, sin la ayuda de la palabra, los sentimientos que se quieren dar a conocer.

6. Es por el contrario un silencio estúpido cuando, inmóvil la lengua e insensible el espíritu, toda la persona parece abismada en una profunda taciturnidad que no significa nada.

7. El silencio aprobatorio consiste en el consentimiento que uno da a lo que ve y a lo que oye, bien contentándose

con prestar una atención favorable, que pone de relieve la importancia que le atribuimos, bien testimoniando, mediante algunos signos externos, que lo consideramos razonable y que lo aprobamos.

8. Es un silencio de desprecio no dignarse responder a quienes nos hablan, o que esperan que opinemos sobre el tema, y mirar con tanta frialdad como orgullo todo lo que viene de su parte.

9. El silencio de humor es el de un hombre cuyas pasiones sólo se animan según la disposición o la agitación del humor que en él domina, y del que

dependen la situación de su ánimo y el funcionamiento de sus sentidos; el de un hombre al que parece bien o mal lo que oye dependiendo del mal o del buen funcionamiento físico, que sólo abre la boca para hacer afirmaciones extravagantes y para decir únicamente cosas desatentas o fuera de lugar.

10. El silencio político es el de un hombre prudente que se reserva y se comporta con circunspección, que jamás se abre del todo, que no dice todo lo que piensa, que no siempre explica su conducta y sus designios; que, sin traicionar los derechos de la verdad, no siempre responde claramente, para no

dejarse descubrir. Tiene por divisa estas palabras de Isaías, *Secretude meum mihi*. Hay otras polémicas arteras, pérfidas, que la sociedad conoce de sobra y que es inútil definir aquí, *omnium temporum homines*; su silencio es el explicado en el número 2 anterior.

Capítulo III

Las causas de las diferentes especies de silencio

Las diferentes maneras de callar nacen de la variedad del temperamento y del espíritu de los hombres.

1. El silencio prudente conviene a las personas dotadas de buen espíritu; de sentido recto y capaces de distinguir con exactitud las coyunturas que obligan a callar o a hablar.

2. El silencio artificioso agrada a los espíritus menguados, a las gentes desconfiadas, vengativas o que se dedican a sorprender a los demás.

3. Los que son de un humor suave, fácil y acomodaticio se sienten más inclinados al silencio complaciente.

4. Quienes gustan de reírse de todo también aman el placer que encuentran en un silencio burlón.

5. El silencio inteligente sólo subsiste con pasiones vivas, que producen efectos sensibles en el exterior y que se muestran en el rostro de quienes están animados por ellas. Vemos, por ejemplo, que la alegría, el amor, la

cólera y la esperanza causan más impresión gracias al silencio que los acompaña que mediante palabras inútiles, que sólo sirven para debilitarlos.

6. Es fácil juzgar a quién conviene el silencio estúpido; es patrimonio de los espíritus débiles e imbeciles.

7. Por el contrario, el silencio aprobatorio supone un juicio seguro y un gran discernimiento para aprobar sólo aquello que merece serlo.

8. La última clase de silencio, que es la del desprecio, es efecto del orgullo y del amor propio, que lleva a los hombres de ese carácter a pensar que

nada merece un momento de su atención. También en ocasiones puede encontrarse ese silencio en un hombre de buen juicio, que no considera que lo que desprecia con su silencio sea digno de mayor consideración.

Tales son los aspectos generales sobre el silencio que hay que conocer para aprender a callar. Hemos desarrollado su naturaleza, sus principios, sus diversas especies y sus diferentes causas; gracias a la experiencia podemos conocer su verdad en los usos del mundo. Lo que se ha dicho del silencio puede aplicarse, salvando las distancias, a la palabra

prudente, o artificiosa, o complaciente, o burlona, o inteligente, o estúpida, o llena de testimonios de aprobación, o de señales de desprecio, etc.

Segunda parte

Introducción

Hablar mal, hablar demasiado o no hablar bastante son los defectos ordinarios de la lengua, como se ha demostrado. Salvando las distancias, digo lo mismo respecto de la pluma. Se escribe mal, unas veces se escribe demasiado y otras veces no se escribe bastante. Será fácil de comprender, por lo que he dicho de los defectos de la lengua, la aplicación que debe prestarse

a los defectos de la pluma. No es mi intento escribir una crítica larga, acaso indiscreta, de libros de los que están llenas las bibliotecas.

Sólo me detendré en el siguiente pensamiento: sería muy necesario el silencio a un gran número de autores, sea porque escriben mal o porque escriben demasiado; y sería un bien utilísimo si los escritores de gran erudición y buen discernimiento, que gustan demasiado de callar, diesen con más frecuencia al público instrucciones prudentes e importantes.

Para convencerse de estas verdades sobre las tres clases de autores que he

señalado, se me ocurre la siguiente idea: hacer en el mundo una reforma general de los escritores. Habría que empezar por una búsqueda puntual y severa, poco más o menos como la que se emplea cuando se trata de exterminar de un país a los envenenadores, o de desterrar a esos hombres que trabajan para falsificar la moneda en un Estado. ¡Cuántos autores culpables no encontraríamos!

Limitemos esa idea a algo más concreto que el mundo entero. Entremos en uno de esos edificios soberbios donde los escritores están expuestos a los ojos del público. ¡Qué espectáculo

tan sorprendente al principio el de una vasta y abundante biblioteca! Más de ochenta mil autores de cualquier nación, edad, sexo y carácter, cada uno de ellos inteligentemente colocado en el lugar que le conviene; destacados bien por el orden cronológico en que vivieron, bien por la naturaleza de las cosas que trataron; siempre dispuestos, cuando los consultáis, a responderos, bien en su lengua natural si la sabéis, bien a través de intérpretes si no podéis entenderlos de otro modo.

En ella encontraréis sabios llamados a discernir los elementos fundamentales de las ciencias para enseñar a hablar

bien y a escribir correctamente.

Aquí están los grandes maestros del arte de la elocuencia, de la poesía, del conocimiento de la naturaleza, de la ciencia del tiempo y de los astros; del conocimiento de los usos y las distintas costumbres del mundo. Y los héroes, los hombres de Estado, los embajadores que ponen en vuestro conocimiento las operaciones militares realizadas en sus épocas, los misterios que han provocado revoluciones secretas o públicas en los imperios.

Y ahí también los sabios totalmente dedicados a combatir a los enemigos de la religión; los Padres, los doctores, los

intérpretes y los santos que, a lo largo de todos los siglos, han trabajado con tanto entusiasmo como capacidad en explicar la Ley de Dios, en enseñarla, en aclararla, en predicarla, etc.

Ese espectáculo es grande, augusto, venerable; mas yo vuelvo a mis primeras proposiciones: *se escribe mal a menudo; se escribe demasiado muchas veces; y no siempre se escribe bastante.*

Capítulo I

Se escribe mal

En todo tiempo, una parte de la dedicación de las mejores plumas ha sido trabajar para corregir o combatir los libros malos. Tantas sátiras, tantas falsas historias, tantos comentarios extravagantes, tantas necias compilaciones, tantos cuentos infames, tantas obras contra la religión y las costumbres: eso es lo que yo suelo

llamar escribir mal; ¡y pensar que hay bibliotecas donde sólo se reciben escritos que posean alguno de los caracteres precedentes!

Los sabios, prudentes y juiciosos proscriben de sus casas las obras que sólo sirven para corromper el espíritu y el corazón. Si por condición o por compromiso se ven obligados a conservar algunos, bien para descubrir su veneno y advertir a las personas débiles que podrían dejarse sorprender, bien para combatir su doctrina, los encierran aparte y como en una especie de prisión, que distingue a estos escritores culpables de aquellos otros

que honran la religión y respetan las costumbres.

«Ahí tenéis el mundo», decía un hombre amable mostrando en su estudio algunos volúmenes llenos de curiosas historias y otras obras de ese tipo. «Aquí tenéis el Paraíso», añadía, señalando los libros piadosos alineados a un lado. «Y ahí el Infierno»: eran los libros heréticos, o peligrosos, o aquellos otros del gusto de la filosofía actual, que él tenía encerrados bajo llave.

Así pues, el mal también existe entre los escritores, bien porque ese desorden nazca de las materias mismas de que se

trata, bien porque proceda de la corrupción de espíritus podridos que envenenan todo con su mala influencia, bien, finalmente, porque uno y otro, autor y materia, contribuyan a hacer una obra completamente mala.

Capítulo II

Se escribe demasiado

Este es el segundo defecto de los autores; hay que darlo a conocer antes de pasar al tercero y de ponerle remedio.

Se escribe demasiado. Se escribe sobre cosas inútiles. Se escribe demasiado sobre las mejores cosas. Se escribe sin respetar los límites impuestos a la mente humana, en todas

las materias cuyo conocimiento nos ha sido negado en los designios de la Providencia. Se escribe sobre temas que uno mismo debe prohibirse cuando no se tiene esa misión, aunque se posea el talento necesario para hablar de ellos. Sobre todos estos excesos censurables hemos de detenernos un momento. Acabaremos indicando los principios necesarios para explicarse mediante los escritos y los libros.

§ 1. Se escribe sobre cosas inútiles

Es este defecto de autores poco juiciosos, que no saben tomar partido, ni elegir una materia que sea de alguna utilidad. Imaginemos que un escritor ha decidido publicar una obra nueva; serán unos *Comentarios sobre las guerras de César*; luego publicará *La vida del gran Teodosio*, etc. ¿No los tenemos ya escritos de buena mano? ¿Por qué ocuparse inútilmente en hacer mal lo que ya está bien hecho?

Un erudito decide trabajar para el público; toma sus medidas, piensa, medita algo extraordinario; pondrá en verso los *Anales de Baronio o san Agustín*. ¿Por qué no dejarlos en prosa?

Así están bien y las personas sabias se muestran satisfechas con ellos. ¡Cuántas obras de ese estilo se publican!

Hay hombres que escriben por escribir, como los hay que hablan por hablar. No hay ingenio ni propósito, ni en las palabras de unos ni en los libros de los otros; los leemos y no comprendemos nada, o no aprendemos nada. Esos autores no se entienden ni ellos mismos. Entonces, ¿por qué escriben? Y así, por la mala elección de las materias, o por una forma de escribir que nada significa, el mundo se llena de libros estériles e infructuosos. Se ha dicho que hay pocos libros donde no

haya alguna cosa buena; pero ¿cuántos libros hay en las bibliotecas que no se abren nunca porque no pueden proporcionar nada útil? ¿Cuántos autores que, en unos *in-folios*, sólo han escrito una página o dos de cosas buenas, que parecen habérseles escapado sin que ellos se dieran cuenta, y que hay que buscar y descubrir en medio de un fárrago de cosas enojosas? ¡Oh, cuán útil e interesante sería un libro que *compendiase los libros que no se leen o que no pueden leerse sin aburrimiento ni repugnancia!* Una obra semejante podría meterse en dos *in-folios*, donde acaso cuarenta mil autores

quedarían reducidos a las cosas útiles que han escrito y a lo que realmente es fruto de su inteligencia. Entonces poseeríamos, en un estudio pequeñísimo, una biblioteca riquísima, muy importante, que podríamos leer más de una vez en el curso de la vida, porque, con ese extracto, luego sólo tendríamos que leer un pequeñísimo número de libros.

Los buenos escritores se parecen a la abeja, cuyo trabajo es precioso, delicado, útil para los hombres y para ella misma; pero los escritores de que hablo parecen no estar hechos ni para sí mismos ni para los demás. Son autores,

diréis: han escrito un libro. Decid más bien que han estropeado papel, además de haber perdido su tiempo creyendo que escribían un libro. No son, todo lo más, otra cosa de lo que eran, por no decir algo más crítico. Y tal es la condición de los hacedores de novelas, de anécdotas, de cuentos, de poesías festivas, o más bien licenciosas, etc.

Tienen al menos el placer de creerse autores. Sí, desde luego; pero el público no tarda en dar a entender a esos escritores inútiles que su alegría será breve. Con el solo anuncio del libro se desprecia la obra y al obrero, de los que el mundo, según dicen, bien podría

pasar. Escuchemos un momento a un escritor prudente que ha apreciado muy bien el mérito de todos esos escritores frívolos que nos abruman cada día con sus folletos: es Querlon, de sobra conocido en la República de las Letras.

La extraña enfermedad de escribir o de leer lo que se escribe, que nos atormenta desde hace tiempo, sigue agravándose cada día. Los libros parecen colmar una necesidad del alma; se precisan para todos los temperamentos del espíritu, para todos los grados de inteligencia; por tanto, no deben ser menos variados en calidad y sustancia que los alimentos que

tomamos. Considerados desde este punto de vista, sean buenos, mediocres, flojos, insípidos, etc., no hay libro que no encuentre lector hecho para él. Como en este caso es la cabeza la que digiere, es fundamental elegir bien las lecturas que nos son apropiadas, y muchas veces se ha leído al azar durante toda la vida sin haber sabido elegirlas. De ahí tantos espíritus cacoquímicos, tantas cabezas estragadas por el mal quilo que no han cesado de hacer leyendo muchas cosas cuando menos inútiles. Nos quejamos de la incontinencia de espíritu, que de forma tan prodigiosa difunde entre nosotros tanto autores de toda laya como

libros de cualquier especie y lectores de todo calibre. En efecto, jamás se vio fermentación semejante a la que se ha producido en las cabezas desde hace veinticinco o treinta años. Todo hormiguea de literatos: el nombre al menos se ha vuelto tan común, tan vulgar incluso, que hoy es casi ridículo serlo o no serlo; sin embargo, se pretende que desconfiemos de esa gran fecundidad; se teme que sea presagio de una decadencia inevitable. Los extranjeros que nos observan nos profetizan una revolución literaria; ya se calculan nuestras pérdidas, deseosos de mostrárnoslas. Antaño, salvo las

personas instruidas y los monjes, en Francia nadie sabía leer; quizá llegue un tiempo en que cueste encontrar entre nosotros un hombre sin cultura. Detengámonos en ese plan que nos presenta las más agradables ideas. Había en Palestina una villa, llamada Ciudad de las Letras, o de los Libros, Cariat Sepher. Imaginémos, en una de las más bellas comarcas de Europa, toda una nación consagrada a las letras; si la nación entera es demasiado, pongamos por lo menos la mitad; tendremos el pueblo cuerpo y el pueblo espíritu; y como el cuerpo es por regla general de mayor servicio al hombre que el espíritu

para una infinidad de usos, sea el que fuere el atractivo que para nosotros tenga este último, la naturaleza sola se bastará para devolver la paridad entre los dos pueblos. Para el pueblo cuerpo, no hay problemas en cuanto a su población y su duración; pero ¿cómo podrá nunca el pueblo espíritu volverse tan numeroso? ¿Cómo? Mediante la progresión natural, fundamentada en el orden de las cosas. A poco que se extienda el gusto por la instrucción, o siga poco más o menos en la misma proporción que el prurito de escribir, todo el mundo terminará siendo más o menos literato, sin casi darse cuenta;

todos nos electrizamos unos a otros. No hay contagio más sutil ni más rápido que el de los libros. Los poetas, sobre todo, ralea fecunda que crece entre nosotros en los brezales más áridos; los poetas no tardarán en pulular por todas partes en esta región, desde el Conquet hasta Saint-Jean-Pied-de-Porc, y en todos los puntos de nuestra latitud.

Si todo el mundo escribe y se vuelve autor, ¿qué haremos con todo ese ingenio y todos esos libros que nos exceden, inundan y sumergen superabundantemente? En una palabra, cuando todo esté dicho, ¿a qué podrá dedicarse el espíritu humano? Cuando

todo esté pensado, cuando todo sea dicho, se empezará de nuevo, como se hace desde tiempo inmemorial, a seguir pensando y repitiendo las mismas cosas; no estaremos más abrumados por la población literaria de lo que lo estamos al final del ciclo, ni por esa multitud de libros que sólo tienen un instante de vida, que nacen y mueren, que resurgen y vuelven a desaparecer. En el mundo moral y en el físico se producen las mismas vicisitudes. ¡Ved de qué forma la tierra despliega y muestra riquezas en primavera! ¡Qué lujo! ¡Qué profusión de flores y de hojas! Esos árboles tan hermosos, tan tupidos, quedan totalmente

desnudos al cabo de unos días. Rematando el desastre, el invierno no deja vestigio alguno de ese verdor que adornaba los jardines, los bosques y los campos. Así se consume imperceptiblemente, así se consumirá totalmente algún día esa innumerable cantidad de libros de cuyo nacimiento dan cuenta los periódicos y de la que no quedará rastro.

*Aprended, pequeñas
obras,
A morir sin murmurar.*

Hemos de confesar que no hay

nación que haga rodar tanto las prensas como la francesa, y tal vez ninguna que las haga gemir tanto. Entre nosotros los autores nacen como los champiñones, y por desgracia la mayoría tiene sus mismas cualidades. La nación se ha vuelto de repente hacia la agricultura, que había descuidado demasiado, y al punto enjambres de autores agricultores han cubierto todos los campos, aunque la mayoría sólo los conocían por los libros de sus estudios. A ciertos ingenios les ha parecido oportuno tratar la materia de las finanzas y las operaciones del gobierno, y al punto mil autores se han creído ministros y

financieros; sólo se escribía sobre impuestos y política, y esa libertad, que había degenerado en una especie de manía, atrajo la atención del soberano, que impuso silencio; de este punto hablaremos en otra ocasión. Esa es nuestra presunción: querer hablar de todo, escribir sobre todo, a menudo sin más conocimientos que los que hemos adquirido tras algunas lecturas rápidas o en las conversaciones sociales. ¿Quién podría enumerar, por ejemplo, los folletos de todos nuestros novelistas y de nuestros poetas menores?

Hace algunos años no había joven que, al salir del colegio, no sufriese la

comezón de imprimir una novela y unas poesías fugaces. ¿A cuántos de esos escritores de naderías convendría el siguiente epigrama de Robbé de Beauveset?

*Autorcito que,
rampando por el fango,
Crees tus retratos
moldeados por los de
Miguel Ángel,
¿Quieres acaso que te
pongan en piel?
Espera a que por
siempre tu párpado se
cierre,*

Y entonces te
encuadernarán en tu piel,
Que desde luego lo
mismo ha de ser.

§ 2. Se escribe demasiado sobre las mejores cosas

Si el tema sobre el que se trabaja es elevado, útil y se ha elegido con discernimiento, a menudo se cae en un defecto: *escribir demasiado sobre las mejores cosas*, con lo que se daña el éxito de la obra.

Cuando se aborda un tema, se deben respetar los límites fijados por el sentido común y por la razón que los determina. Cuando se escribe, se precisa gusto, costumbre, atención para no ir demasiado lejos, lo mismo que se precisa no entretenerse en el camino antes de haber alcanzado la meta. A esa extensión justa, añadidle algo o suprimidle algo, y entonces la composición es deforme. A un hombre de una estatura adecuada quitadle algo de lo que tiene o dadle algo más, y entonces lo desfiguráis. Será un enano si le quitáis demasiado; pero haréis un monstruo si se aumenta su estatura

original. Es menester que sea precisamente como es para ser armonioso; la vista se alegra al verle, y esta es una regla segura.

Otro tanto digo del ingenio: un autor debe cumplir su proyecto; y para agradar a quienes lo lean, debe evitar de modo especial extenderse demasiado en las cosas buenas y razonables que escribe. Raramente nos quejamos de la brevedad, y siempre lo hacemos de lo que es largo.

Este defecto de longitud suele ocurrir porque no se toma todo el tiempo necesario para limitar, revisar, cortar y reducir a una medida justa lo que se

tiene entre manos. A veces el autor se extiende encantado sobre puntos que prefiere y que le gustan; es lo que le fascina, pero a menudo eso es lo que aburre al lector; ese defecto deriva también de un hecho: el autor está más preparado sobre ciertas cosas que conoce que sobre otras que trata más a la ligera. Leyéndole se nota esa debilidad, y no se le perdona ni lo que escribe con demasiado aparato ni lo que se limita a tratar superficialmente por falta de conocimientos suficientes.

Por regla general, sucede con los autores lo mismo que con los oradores, sagrados y profanos; a los más breves se

les escucha con mayor placer, cuando tratan exhaustivamente un asunto edificante sin cansar a los oyentes. Un hombre que habla o que escribe más de lo que se requiere siempre aburre; la paciencia se acaba, y dejamos al orador en el púlpito, o al autor en su mesa, lo mismo que nos deshacemos de un importuno con el que topamos.

Hay pocos hombres de temperamento semejante al de aquel que sólo gustaba de lo grande y de lo largo: grandes trajes, altos criados, gruesos libros, largos discursos, etc. Sin duda hubiera apreciado mucho a Thomas Rafetbach, teólogo bávaro que, decidido

a escribir un tratado sobre el profeta Isaías y a enseñarlo públicamente en Viena, le dedicó veintidós años, sin acabar ni siquiera el primer capítulo, que quedó incompleto por su muerte.

Por suerte, son pocos los escritores que tengan tanta perseverancia; pero, en fin, son muchos los que escriben demasiado: su forma de componer es vaga, y sus libros están llenos de un exceso de cosas, buenas y malas, de donde se deriva que las bibliotecas estén llenas a su vez de esa mezcolanza inútil y fatigosa.

§ 3. Se escribe sin respetar los límites impuestos a la mente humana, en todas las materias cuyo conocimiento nos ha sido negado en los designios de la
Providencia

Faciendi plures Libros nullus est finis, dice el sabio [Ecl 12]. Dios entregó el mundo a la disputa de los sabios, mas ninguno pudo penetrar, con sus conjeturas, en los secretos de su

sabiduría (*Conf. de la Sab.*), que él no quiso descubrirles. *Mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniatur homo opus quod operatus est Deus ab initio usque ad finem* [Ecl 3]. ¡Cuántos sistemas físicos cuya meta es socavar la religión! Aprendamos lo que nos enseña la voz de la naturaleza: es ella la que, sin enviarnos a las escuelas de sus antiguos ni de sus nuevos intérpretes, nos explica ella misma los principales misterios de la física. Y lo hace cuando, mostrándonos el cielo y la tierra y las demás criaturas, nos anuncia que, como ella, nosotros somos las obras del Todopoderoso. Nos hace leer las

primeras palabras del Testamento del Creador, escritas sobre el sol y los astros: *in principio Deus creavit cælum et terram*; en el principio, Dios, que era, creó lo que todavía no era.

Sea de la clase que sea, y sea cual fuere la excusa que el orgullo, o la negligencia, o la multitud de asuntos pueda proponernos, no nos dispensemos de estudiar esa filosofía. No hay nada más honorable que conocerla y poder hablar dignamente de ella, ni nada más fácil que aprenderla. Todo lo que quiere de nosotros es que, en las horas de nuestro ocio, abramos los ojos y miremos el mundo: *Peto nate ut in*

cœlum et ad terram aspicias, et ad omnia qua in eis sunt, et intelligas quia ex nihilo illa fecit Deus: hijo mío, sólo os pido un favor, contemplad el cielo y la tierra, y dejad que entren en vuestro espíritu las luces que de ahí saldrán, y que con ellas harán entrar en él la ciencia, la piedad y la humildad. El carácter de la verdadera filosofía es determinar sus especulaciones por medio de actos de amor divino y por medio de una mayor santidad. El carácter de la filosofía falsa y corrompida es acabar sus especulaciones mediante una mayor presunción y volver al filósofo más

ciego, más soberbio de lo que era antes de sus estudios; quiere conocer el *quomodo* de cada cosa, se extravía, se pierde.

Otra diferencia entre estas dos filosofías tan opuestas es que aquella se dedica a contemplar y admirar lo que Dios nos muestra de sus obras, y la otra se dedica a querer ver lo que Dios no quiere que veamos y que debe estar oculto a nuestros ojos. La sabiduría divina ha ocultado en sus producciones ciertos secretos que no conviene que sepamos. Los filósofos de esta última escuela intentan saberlos; y, para castigarlos, Dios permite que lo intenten

y que se castiguen a sí mismos consumiendo su vida en correr por un laberinto tenebroso, en buscar lo que no encontrarán jamás.

Lo buscan, en efecto; todos los esfuerzos de sus estudios, durante días y noches, van a tratar de llegar hasta el centro de los seres y hasta el fondo de las sustancias, y de adivinar cuáles son esos misteriosos secretos que el Creador ha ocultado tan profundamente bajo esas oscuridades eternas. La pena es que pretenden decir, y pretenden que el universo sepa, lo que piensan de estos temas; intentan lograr, unos antes que otros, el honor de haber adivinado mejor

y conocido mejor, a pesar de Dios, las razones de su conducta y los misterios de su Providencia. De ahí todos los sistemas que ellos imaginan y que se suceden.

Fue contemplándolos cuando Salomón pronunció esta frase memorable: *Mundum tradidit disputationi eorum*. Él permite que estos sabios se empeñen, desde hace tres mil o cuatro mil años, en querer comprender, por ejemplo, cuál es la *divisibilidad* que Dios ha escondido en la punta de una aguja, o cuál es el resorte que da movimiento al sol o al océano, durante sus agitaciones

regulares. Y todo esto, exclama Salomón, lo mismo que los trabajos de los ambiciosos y las preocupaciones de los avaros, no es más que *vanidad de vanidades*, enfermedad de hombres dedicados de forma obstinada a obedecer los sueños de sus imaginaciones, y a pasarse la vida convenciendo a los demás hombres de que han soñado con la verdad.

Es una hermosa idea de san Agustín la de que los Pitágoras y los Demócritos se dedican, cada cual ciegamente en su estudio, a formar sus sueños y sus locuras particulares, y que luego van a sus reuniones y durante sus disputas se

dicen unos a otros, muy acertadamente, que son unos locos.

Cuando los impíos tienen que proponer algunas dudas sobre los misterios de la religión, empiezan por proponérselas a sí mismos; interrogan en secreto a su espíritu, y le preguntan de dónde ha sabido que el mundo fue hecho por un Creador, y que, después de la muerte, hay un juicio, un infierno, una eternidad, etc. *In cogitationibus impii interrogatio erit* [Sab I].

Las pequeñas cuestiones de la filosofía del siglo no están muy lejos de las grandes. Por ellas se aprende enseguida a volverse maestro en

impiedad y a proponer osadamente al corazón propio y a los discípulos dudas escandalosas contra las verdades eternas. El maniqueo que pregunta a su amigo si es Dios quien hizo los moscones está muy cerca de preguntarle si es Dios quien hizo a los hombres. Un príncipe que pregunta a los filósofos de su corte si los pájaros son seres vivientes pronto se preguntará a sí mismo si los ángeles lo son y si hay almas inmortales.

Con las ciencias ocurre como con las palabras; las más peligrosas son las más castas y más modestas, cuando, bajo el velo de su prudencia y de su

modestia, resultan idóneas para llevar la corrupción al corazón y darle a entender que puede pensar muchas cosas que el doctor no se atreve a decir.

No tengamos la curiosidad de saber el camino de nuestra perdición, y no nos vinculemos a ninguna doctrina, salvo a aquella que nos sirve para conocer a Dios y que nos ayuda a amarlo.

«Estamos tan cerca de la otra vida», dice Nicole, «es decir, de un estado en el que sabremos la verdad de todo, con tal de que nos hayamos vuelto dignos del reino de Dios, que no merece la pena trabajar por esclarecer todas las cuestiones curiosas de la teología y de

la filosofía».

Esta reflexión es muy prudente; y si los sabios quisieran ponerla en práctica, no pasarían los días y las noches tratando de temas cuyo conocimiento siempre le estará prohibido al hombre. El tiempo que pierden en estas discusiones redundaría en su ventaja y en la del público si sólo se emplease en obras útiles a la sociedad.

§ 4. Se escribe sobre temas
que uno mismo debe
prohibirse cuando no se tiene

esa misión, aunque se posea el talento

En este punto nos limitamos a los temas que tienen relación con el gobierno. Dado que los príncipes fueron elegidos por Dios para gobernar los Estados, a cuya cabeza los puso su Providencia, corresponde a esa misma Providencia que sus súbditos respeten sus personas y estén sometidos a sus mandamientos.

No es menos importante no juzgar la forma en que se gobiernan las cosas públicas en un Estado. Además de que no estamos encargados de reformar la

conducta de quienes nos gobiernan, dado que hemos nacido para ser gobernados, nuestro deber consiste en seguir la dirección general que quien tiene las riendas del gobierno considera justo dar a la administración de cada una de las partes que componen el Estado que le está sometido.

Él es el centro al que se remiten las necesidades de todos, igual que todos los radios del círculo desembocan en ese centro, y es él quien hace que todo se mueva para el bien general y particular de sus súbditos. Si las cosas no fueran así, esa situación violenta no cambiaría nada en nuestra posición. Es

inmutable en las leyes de la Providencia, y cuanto podríamos permitirnos creer es que, entonces, estarían en los decretos de esa Providencia que fuésemos gobernados de una manera contraria a los principios de la justicia; habría que callar y adorar la profundidad de sus decretos.

Pero, sin suponer casos extremos de los que Dios no permitirá que seamos testigos, sobre todo en un reino en que su ley es nuestra norma, y en que el espíritu de sabiduría es el de nuestros soberanos, resulta difícil pensar que cuanto se hace y cuanto se ordena reúne en su favor el sufragio de la multitud, si

a todos les estuviera permitido expresar su pensamiento.

Hay dos grandes motores de la conducta humana en sus juicios: la fantasía y la razón. La razón, que sólo consiste en un punto, es el conocimiento verdadero de las cosas tal como son, que hace que las juzguemos sanamente y que las amemos o las odiamos, las aprobemos o las condenemos, según lo merezcan. La fantasía es una impresión falsa que nos formamos de las cosas, figurándonoslas distintas de lo que son, más grandes o más pequeñas, más provechosas o más molestas, más justas o menos equitativas de lo que en

realidad son; lo cual nos adentra en varios juicios falsos y produce en nosotros, sobre esas mismas cosas, afectos irracionales. Si unimos a lo que aquí llamamos fantasía esos efectos que produce en nosotros el prejuicio, que puede ser su consecuencia, pero que puede tener tantas fuentes diferentes como pasiones diversas pueden agitar nuestro corazón, será muy raro que haya personas capaces de juzgar de forma uniforme y sana la conducta de quienes nos gobiernan, y de apartar de sus juicios todas las impresiones que podrían recibir de la fantasía o de los prejuicios.

Naturalmente no debe haber tantos obstáculos en los juicios que podemos hacer sobre las cosas que no afectan al gobierno, y que sólo se refieren a los actos o a los acontecimientos ordinarios de la sociedad humana, a las ciencias, a las artes, etc. Estos asuntos no son el teatro de las grandes pasiones ni de los grandes intereses, y sin embargo se ven sentimientos divididos sobre los más pequeños de esos sucesos. De esta diversidad de opiniones resultan a menudo divisiones en las familias, rupturas entre amigos, e incluso movimientos en los cuerpos del Estado.

Así pues, si en materias tan ligeras

son tan diferentes los juicios que los hombres tienen, porque esos temas, por su propia naturaleza, son materia de sus disputas, se requeriría una virtud muy grande para inducirlos a abstenerse de exhibir sus sentimientos cuando perciban el resultado que puede derivarse de secuelas tan enojosas. Si estos diferentes juicios entrañan consecuencias funestas, ¿qué no habría que temer de la libertad que se tomarían para juzgar de igual modo los asuntos de Estado?

No sólo la fantasía y el prejuicio, que dominan a la mayor parte de los hombres, podrían dominar y dirigir los

juicios de la mayoría; sino que en semejante materia las mayores pasiones podrían ocasionar las mayores perturbaciones. Y ¿qué medios utilizarían las personas prudentes que, en sus juicios, sólo se dejan llevar por la razón para llegar a la multitud? Como acabamos de decir, la razón es el conocimiento verdadero de las cosas tal como son. ¿Podrían tener a menudo esas personas sabias este conocimiento verdadero de las cosas, y con la ayuda de ese conocimiento alzarse contra el torrente? Hay una infinidad de operaciones en un vasto imperio cuya base es desconocida y forma parte del

secreto de Estado. Si esa base fuese conocida tanto por las personas prudentes como por las que no lo son, podría iluminar a los espíritus y rectificaría los juicios de quienes se extravían; pero, al haber motivos más importantes todavía que obligan a ocultarla, la operación sigue a merced de las pasiones de los hombres, y sus juicios, si uno se cree autorizado a abordar esa materia, pueden, por su diversidad y por la acritud o el descontento que se derivarían, causar en un Estado conmociones capaces de dañar la salud y la tranquilidad general.

La posibilidad de tales

inconvenientes debería bastar para apartar incluso a las personas que por regla general no se guían por la razón, y abstenerse de querer juzgar sobre materias semejantes. La fantasía y el prejuicio rara vez ofuscan la inteligencia de los hombres hasta el punto de cegarlos sobre sus propios intereses; y esta sola consideración es la que proponemos aquí para disuadirlos de publicar sus ideas sobre cosas que muy a menudo no están al alcance del juicio de los más sabios, por falta del conocimiento verdadero del estado de esas mismas cosas; y sin ese conocimiento corren el riesgo inevitable

de extraviarse en sus juicios.

Según un autor, parece que una obra no sería buena si no contuviese la sátira de quienes ostentan las altas dignidades. Hasta las obras filosóficas se utilizan para ese prurito que existe de censurar y criticar. Nunca les está permitido a los súbditos escribir contra el gobierno; si poseen luces y conocimientos sobre esa materia, que den en secreto sus observaciones a los ministros; pero que no prorrumpen en invectivas y en clamores que sólo pueden engendrar murmuraciones y agitar los espíritus.

La furia por querer sacar a la luz lo nuevo produce muchas ineptias. Si cada

cual se limitase a su esfera, a un escritor sin carácter ni autoridad no se le ocurriría pretender corregir a los príncipes y a los ministros. «Las cabezas francesas son un poco veletas», decía un académico; y esa es la mejor respuesta que puede darse a quienes nos reprochan nuestros extravíos.

No todos los que idean proyectos de reforma tienen la responsabilidad de la administración y perciben las dificultades. Hay que estar en el gabinete de los príncipes, ver el centro adonde todo conduce, para tirar las líneas en la dirección correcta. Con una pluma y papel se trazan los planes más

hermosos de reforma; nada se nos resiste cuando escribimos en privado; zanjamos y cortamos como queremos cuando sólo se trata de ideas y uno se cree legislador. Si ministros que han envejecido resolviendo asuntos de Estado y si magistrados que conocen los hombres y las leyes conciben planes de mejora y los proponen, yo los escucho. Están hechos para hablar porque son instruidos. Pero si un particular, un erudito que sólo es erudito, un filósofo que no es más que filósofo, cuya vida no tiene relación alguna con la gestión del Estado, se pone en la fila de los que pretenden presentar proyectos y planes

de legislación y de administración, la mayoría de las veces no es más que un escritor que tiene hermosos sueños y los recita de modo agradable.

Capítulo III

No se escribe bastante

La pereza, la desconfianza en las propias fuerzas, la modestia y la contención son las causas de este mal que muchas veces priva al público de un gran número de obras útiles y curiosas.

No sé por qué fatalidad para las letras siempre hay hombres perezosos y sabios a la vez, como si ese vicio formara parte del carácter de un hombre

inteligente, o al menos resultase casi inseparable. A veces se le buscan razones, tomadas de la naturaleza: la delicadeza de los órganos, la abundancia de ingenio y lo mucho que le cuesta a una buena inteligencia quedar satisfecha son a menudo pretextos frívolos con que autoriza su negligencia. ¿Cuántos libros excelentes tenemos, escritos por hombres tan ingeniosos, tan delicados y tan eruditos como lo son los que censuro aquí? Los encontraréis más sinceros, que confiesan sin ambages que el placer de ser perezosos les parece preferible al placer de escribir una obra.

La desconfianza en sus propias

fuerzas mantiene a muchos en el silencio; no saben todo lo que pueden hacer. La timidez extiende sobre su ingenio un velo que los azora, que les quita una parte de su inteligencia, que les oculta todo lo que anima a los otros a trabajar, que los vuelve inseguros, inconstantes, siempre dispuestos a dejar inconcluso lo que han empezado; son muy diferentes de esos escritores osados, presuntuosos que, sin casi levantar la pluma, empiezan y acaban una obra.

La modestia y la contención son muy loables; pero hay sabios que conocen su capacidad, que la han probado y que

hacen un daño irreparable a las ciencias parapetándose en un silencio tímido. Son en verdad menos numerosos que aquellos en quienes se observa una inclinación contraria. Sería provechoso que ese pequeño número fuese aumentado con lo que hay de exceso en el otro.

¿Cuál hubiese sido el destino de las letras si tantos hábiles autores, en lo sagrado y en lo profano, hubiesen seguido las máximas de quienes, con el mismo talento, se niegan hoy a escribir? El famoso apóstata, el emperador Juliano, que en su época prohibía a los cristianos la lectura y el uso de los

libros, sabía lo que había que temer. Se necesitan guías para iluminar; y ¿dónde buscarlas si no entre los verdaderos sabios? Hay épocas en que una indiscreta contención es una especie de crimen, sobre todo cuando se trata de los intereses de Dios y de la religión.

Podrían añadirse otras reflexiones sobre este punto y sobre las faltas que los autores cometen escribiendo mal, escribiendo demasiado, o no escribiendo bastante. Pero ya es hora de hablar de los remedios que se pueden aplicar.

No perdamos de vista los sólidos principios, referidos al comienzo de este

escrito, para aprender a gobernar la lengua. Son asimismo necesarios para regular el uso de la pluma; no haré otra cosa que cambiar los términos de hablar y de callar por los de escribir y no escribir, o contener la pluma.

Capítulo IV

Principios necesarios para explicarse por los escritos y los libros

Primer principio. *Nunca se debe dejar de contener la pluma, si no se tiene algo que escribir más valioso que el*

silencio.

En este principio, todo el mal que hay en los autores perniciosos y todo el exceso que hay en los otros, como he indicado con detalle, debe ser el tema ordinario de sus reflexiones más serias.

¡Qué provechoso sería para los escritores de libros malos que la pluma se les hubiese caído de las manos antes de derramar sobre el papel el veneno de tantas sátiras infames, de amores criminales y de errores en la Fe! El silencio valía más, desde luego, que la divulgación de tales desórdenes. Por tanto, el silencio es la decisión que conviene a los espíritus libertinos y

corrompidos. Si no lo adoptan por propia elección, interesa a la religión y a la sana política reducirlos a él por medios eficaces. Un hombre atacado por una enfermedad contagiosa es excluido de la sociedad por el bien mismo de esa sociedad. La justicia golpea con su espada a quienes perturban el orden civil, a quienes despojan a los demás de lo que les pertenece. Un escritor que en sus escritos blasfema contra Dios, se alza contra la religión y corrompe las costumbres ¿es menos culpable? No ha de ofenderse impunemente al príncipe ni atacarse al mismo Dios con impunidad. Sería cerrar los ojos sobre esos libros

impíos, sobre esos escritos que se burlan y ultrajan el pudor, y en los que no se aprende más que a sonrojarse de ser cristiano, patriótico y virtuoso. Destruyendo los fundamentos de la religión y la norma de las costumbres, una tolerancia semejante rompería los vínculos más sagrados que unen al súbdito con su soberano, trastocaría toda distinción, toda dependencia, toda unión en la sociedad; y ¿cuál sería la suerte de una nación donde escritores así serían mirados como los oráculos del siglo? Lo repito, la religión y la política bien entendidas tienen un interés igual en ayudarse mutuamente para

enfrentarse a ese contagio tan funesto para la Iglesia como para el Estado; y cuando hablo así, no hago otra cosa que repetir las ideas de un célebre magistrado, al que ya he citado, en su requisitoria del 23 de enero de 1759.

«¿No exigen tales excesos», dice, «los mayores remedios? ¿No debería la justicia mostrarse en toda su severidad, empuñar la espada y golpear, sin distinción, a los autores sacrílegos y sediciosos que la religión condena y que la patria desapruueba? Hombres que abusan del nombre de filósofo para declararse, por medio de sus ideas, los enemigos de la sociedad, del Estado y

de la religión son sin duda escritores que merecerían que el Tribunal ejerciese contra ellos toda la severidad del poder que el príncipe le confía; y el bien de la religión podría exigir en ocasiones la adhesión de todos los magistrados a sus dogmas y a su moral. Vuestros antecesores, caballeros, condenaron a espantosos suplicios, como a criminales de lesa majestad divina, a los autores que habían escrito versos contra *el honor de Dios, su Iglesia y la honestidad pública*; declararon culpables y condenables a quienes estuviesen en posesión de estos versos, y los libreros fueron amenazados con la

confiscación de los libros y perseguidos de acuerdo con el rigor de las ordenanzas».

Decreto del 19 de agosto de 1623 contra Théophile, Bertelot, etc.

Por un decreto del Consejo privado de Luis XIII, del 14 de julio de 1633, las obras de Guillaume de Saint-Amour fueron suprimidas, con prohibición, so pena de la vida, a todos los impresores y libreros de exponerlas a la venta o propalarlas, y a todos los demás de poseerlas ni tenerlas, so pena de tres mil libras de multa.

En efecto, ¿en qué Estado se

toleraría que los envenenadores atentasen públicamente contra la vida de los ciudadanos? ¿Y por qué habría de pretenderse que la religión y las costumbres sean algo menos precioso que la vida del cuerpo a ojos de los soberanos que aman la religión? «Si la Iglesia de Cristo», dice el arzobispo de París, en su mandamiento del 24 de enero de 1768, «se ve afligida por los escándalos de la incredulidad, y la autoridad espiritual no puede detener su avance, ¿no es justo que el príncipe acuda en su ayuda, infundiendo en los culpables el terror de la *espada que no lleva en vano* y que Dios le ha confiado,

como a *ministro de su venganza?*».

El error siempre ha sido mirado por los príncipes católicos como uno de los males que se deben detener mediante el temor al castigo, y castigarlo incluso en caso de obstinación. «Los príncipes cristianos», dice Bossuet, «tienen derecho a servirse del poder de la espada contra sus súbditos enemigos de la Iglesia y de su santa doctrina; es algo que no se puede poner en duda sin debilitar el poder público. No conozco entre los cristianos más que a los socinianos y a los anabaptistas que se opongan a esta doctrina. El derecho es indiscutible, pero no es menos necesaria

la moderación», *Hist. des Variat.*, L. 10, n. 56. «Quienes no quieren soportar que el príncipe utilice el rigor en materia de religión porque la religión debe ser libre están en un error impío», *Polit.*, L. 7, art. 3. Según el célebre abate Fleury, no puede decirse que el príncipe no tiene derecho sobre las opiniones de los hombres; tiene derecho por lo menos a impedir que salgan a la luz las malas; y no debe estar más permitido hablar contra el honor de Dios y los dogmas de la religión que contra el respeto debido al príncipe, contra las máximas fundamentales del Estado y contra las buenas costumbres (*Instit. au Droit.*

Ecclés., pág. 316). «¿De qué forma sirven los reyes al Señor en el temor de Dios», pregunta san Agustín, «si no es prohibiendo y castigando, incluso con religiosa severidad, lo que se hace contra sus órdenes?».

La Iglesia es, en verdad, una madre tierna y compasiva que no exige la muerte del pecador; desea ardientemente que viva y se convierta; ese es el objetivo de sus afanes; esa es la meta de sus lágrimas y de sus plegarias; pero su ternura tiene límites. Sin ellos, para servirnos de los términos de Bossuet, se podría blasfemar sin temor alguno, a ejemplo de Servet, negar la divinidad de

Jesucristo, preferir la doctrina de los mahometanos a la de los cristianos: se denominaría feliz la tierra donde el hereje vive tan descansado como el ortodoxo, donde se preserva tanto a las víboras como a las palomas, donde quienes preparan los venenos gozan de la misma tranquilidad que quienes preparan los remedios. Se traspasa la lengua a los que blasfeman por ira, ¿y habríamos de guardarnos de tocar a quienes lo hacen por máximas y por dogma? ¡Eh! ¿Qué nación querría otorgar ese privilegio al blasfemo y ver tranquilamente a la impiedad levantar su estandarte en medio de los pueblos?

Cuando se osa alzar la voz contra Dios, pronto se niega a quienes son sus imágenes sobre la tierra; triste prueba de ello son nuestros filósofos: han atacado lo mismo a la Divinidad y al gobierno, y han demostrado a los soberanos de la tierra, con sus escritos sediciosos, que no son menos enemigos de Dios que de los reyes.

Segundo principio. *Hay un tiempo para escribir, igual que hay un tiempo para contener la pluma.*

Sería injusto reprochar a un hombre

inteligente que escriba; pero hay tiempo para hacerlo.

1. Cuando se posee suficiente caudal de doctrina; cuando la mente está empapada en la materia, cuando se cuenta con suficiente instrucción antes de intentar instruir a los demás. Nos reiríamos de un hombre que, sin provisiones, se embarcase para un largo viaje. No es menos ridículo el contratiempo de un autor que, carente de todo, se dispone a tratar un tema.

2. Hay que escribir cuando el alma está en una situación adecuada para hacerlo. El desconcierto, la cólera, la inquietud, la pena, todas las pasiones,

sean frías o ardientes, hielan el espíritu, o lo arrastran demasiado lejos; de ahí tantas obras insulsas o demasiado satíricas; un libro bien escrito es cosa de un hombre que controla todos sus impulsos.

3. Cuando la religión, el Estado, el honor, o algún interés considerable, son atacados, es a menudo el momento de escribir. Las leyes divinas y humanas lo permiten y lo ordenan, pero sólo a quienes han recibido los talentos propios para su defensa y poseen las luces necesarias; quienes sólo tienen buena voluntad o fervor, sin las luces adecuadas, deben poseer la suficiente

humildad para no incluirse en el rango de los escritores.

Tercer principio. *El tiempo de escribir no siempre es cronológicamente el primero; y nunca se sabe escribir bien, si antes no se ha sabido contener la pluma.*

Este principio es consecuencia natural del anterior; es en el tiempo del silencio y del estudio cuando hay que prepararse para escribir; hay libros precoces como los frutos. ¿Por qué

avanzáis tan deprisa? ¿Por qué os precipitáis arrastrados por la pasión de ser autores? Esperad, sabréis escribir cuando hayáis sabido callaros y pensar bien.

Cuarto principio. *No hay menos debilidad o imprudencia en contener la pluma cuando uno está obligado a escribir que ligereza e indiscreción en escribir cuando se debe contener la pluma.*

Hay que aplicar esta máxima en las ocasiones importantes. Si dejáis pasar esas ocasiones, vuestro silencio y vuestra tranquilidad tendrán secuelas enojosas. El enemigo se prevaldrá de ellas, el honor, el Estado y la religión sufrirán; pero estad atentos a distinguir bien esas grandes coyunturas en que hay que escribir de aquellas otras que no lo merecen y donde hacerlo se convierte en imprudencia. Ese discernimiento es resultado de un juicio sano y de una experiencia clara. Un autor tiene más necesidad que nadie de consejo y de amigos sinceros.

Quinto principio. *Es cierto que, en líneas generales, se arriesga menos conteniendo la pluma que escribiendo.*

Digo *en líneas generales*, porque hay ocasiones particulares que deben exceptuarse, como acabo de decir. Salvo estas, ¿qué se pierde conteniendo la pluma? Cierta satisfacción de haber escrito; cierta reputación pasajera y expuesta al capricho de los lectores; algunos momentos de ocupación que le han ayudado a pasar el rato de forma más agradable. Para correr realmente el

riesgo de perder esas ventajas, encima se ha de escribir con éxito. Porque, en caso contrario, el destino de los autores es la pesadumbre y el desprecio.

Un hombre prudente y capaz de escribir, al que se preguntó cuándo se decidiría a escribir un libro, respondió: «Será cuando me aburra de hacer otra cosa, y no tenga nada que perder». Dejo a los escritores impacientes la tarea de extraer todo el sentido de esta respuesta.

Sexto principio. *El hombre nunca es más dueño de sí que cuando se aplica a contener*

su pluma; si no toma esa precaución, escribe demasiado y se derrama, por así decir, fuera de sí mismo; de suerte que se pertenece menos a sí mismo que a los demás.

Esta reflexión es una de las más importantes para los sabios que escriben; nada les parece tan necesario como ser dueños de sí y no ser pródigos de sí mismos respecto al público. Se necesita sangre fría y presencia de ánimo para escribir. Y faltan cuando se corre demasiado; escapan entonces mil

cosas que habría que retener, y el público las descubre. Determinado autor ha fracasado en los últimos volúmenes de sus obras, mientras que con los primeros se había ganado una aprobación de la que estaba contento. Se ha extraviado por querer ampliar demasiado su tema, se ha perdido.

Séptimo principio. *Cuando se tiene algo importante que escribir, debe prestársele una atención particular. Hay que pensar a menudo en ello y,*

tras esas reflexiones, volver a pensarlo todo de nuevo para no tener motivo de arrepentirse, cuando uno ya no es dueño de retener lo que ha escrito.

Hace mucho que se dijo: «Lo escrito, escrito queda». Las palabras pasan, se les da la vuelta, se las cambia, se las suaviza; pero la escritura no tolera semejantes alteraciones. En un libro, el término injurioso es siempre una injuria; la expresión indecente, una infamia; y la doctrina errónea de un escrito es la marca de un autor

peligroso, por más sentido oculto que utilice para disfrazar su perversidad. Por tanto, debe extremarse la atención para no escribir nada que no haya sido prudentemente meditado. Uno es dueño de pensar; pero no lo es de los pensamientos escritos y entregados al lector.

Octavo principio. *Si se trata del secreto, nunca se debe poner por escrito; en esta materia, la reserva no ha de temer excesos.*

Basta con conocer la naturaleza del

secreto para ver que no hay exageración en esta máxima. El secreto apenas está suficientemente oculto en el alma de la persona a quien se lo confiamos. ¿Quién sería, pues, tan indiscreto como para difundirlo en una obra?

Noveno principio. *La reserva necesaria para contener la pluma no es una virtud menor que la habilidad y el cuidado de escribir bien; y no hay más mérito en explicar lo que uno sabe que*

en callar bien lo que se ignora.

Nada más fácil, en apariencia, que dejar de obrar; la acción, por el contrario, tiene sus sinsabores y sus problemas. Escribir bien parece, por tanto, una empresa más difícil que no escribir nada, lo confieso; pero no escribir nada y contener la pluma por prudencia, por reserva, por precaución es una violencia para más de un autor. Esa inclinación los lleva a escribir; es un peso que los arrastra. Por tanto, detenerse en esa inclinación y sacrificar voluntariamente el amor propio a la prudencia es ganar mucho sobre uno

mismo.

He añadido que no hay más mérito en explicar lo que uno sabe que en callar bien lo que se ignora. Lo primero es natural; se habla, se escribe de buen grado sobre lo que uno sabe; es un mérito común. El otro es más raro: no gusta la reserva, que podría hacer sospechar ignorancia; algunas veces se escribe lo que se sabe y lo que no se sabe suficientemente con la misma presunción, para demostrar cierta habilidad. Es, pues, un mérito callar lo que se ignora.

Décimo principio. *En ocasiones, la reserva en escribir hace las veces de sabiduría en un necio, y de capacidad en un ignorante.*

Un ignorante que sabe contenerse escribe poco o no escribe, que es todavía mejor. Por eso goza de una especie de reputación feliz que no merece, y que destruiría si escribiese más. «Es prudente», dicen, «tiene sentido común, piensa mucho y se explica poco». Eso se dice, muchos lo piensan, al menos quienes sólo conocen

a ese hombre por su reserva. En cualquier caso, el partido que toma es el mejor. Así lo dice la máxima siguiente:

Undécimo principio. *Si uno se inclina a creer que un hombre que no escribe carece de talento, y que otro que abrumba con escritos al público es un loco, más vale pasar por carecer de talento no escribiendo que por loco, dejándose arrastrar por la pasión de escribir demasiado.*

La reputación de locura es odiosa; sólo pueden aceptarla quienes tienen un oficio ridículo o quienes son locos sin saberlo. La reputación de hombre de talento mediocre es más cómoda, porque no se espera nada de su inteligencia; a poco que dé, se le agradece; si no da nada, nadie le hace ningún reproche; no habría nada que esperar.

Duodécimo principio. *Por más inclinación que tenga uno a contener la pluma, siempre hay que desconfiar de uno mismo; y para prohibirse*

escribir una cosa basta con tener demasiada pasión por escribirla.

Ya lo he dicho: el hombre debe ser dueño de sí para escribir de una manera razonable; pero no es cuando la pasión habla cuando el hombre se conoce a fondo. Demasiadas ganas de escribir una cosa no siempre es una pasión reprensible, pero siempre debe ser un momento sospechoso para un escritor prudente y discreto. Ese afán es al menos un principio de pasión; ciertas reflexiones sobre lo que uno quiere escribir, y sobre la forma en que lo

quiere, no echan a perder nada. Es un remedio fácil: basta con meditar, pensar, para tranquilizar y rectificar un primer impulso.

Añadiré dos reflexiones particulares. La primera es que, por ser una base segura, los principios y las máximas empleadas para enseñar a hacer buen uso de la pluma deben ser aplicados por cada autor de forma útil a sus obras para criticarse a sí mismo, si *escribe mal*, si *escribe demasiado*, o si *no escribe bastante*. Los autores que se me han presentado cuando escribía estas observaciones los he silenciado adrede; mejor dicho, sus libros me han traído su

recuerdo, porque los escritores no siempre se atreven a aparecer. Ocurre a menudo que sin nombre, sin autorización, sin indicación ni del lugar donde han sido escritos o publicados, los libros se encuentran entre las manos de los lectores que no los esperaban más de lo que se esperan esos frutos de la culpa, expuestos al azar del destino por unos padres culpables.

Que se apliquen, pues, esos autores criminales y ocultos, igual que otros cuyo nombre he suprimido, que se apliquen aquí lo que les conviene. No exhorto menos a quienes no escriben bastante a cumplir sus deberes con tanta

prudencia como utilidad para el público.

Segunda reflexión: cuanto he expuesto en el artículo de los escritores es de singular importancia en relación con la religión; es esta una materia sobre la que no se escribe sin consecuencia. Una palabra o una letra mal puestas, eliminadas o añadidas, dan lugar a errores, cismas y herejías que luego sólo se pueden apagar con cuidados y esfuerzos infinitos. ¿Qué sería, pues, si el mundo se llenase de escritos perniciosos y si se descuidase la tarea de dar a luz los útiles? Los primeros son un veneno peligroso; los últimos son su remedio. Si el veneno prevaleciese, ¿no

sería destruida la religión y no quedaría corrompido el mundo sin remisión? Aplicadle el remedio, y una y otro se conservarán.

Los hombres sensatos y prudentes admitirán, sin duda, la verdad de los principios establecidos en esta obra; nuestros filósofos modernos ¿lo admitirán también? Lo deseamos ardientemente para gloria de la religión, la tranquilidad del Estado, el bien de la sociedad y la pureza de las costumbres.

JOSEPH ANTOINE TOUSSAINT
DINOUART. Nacido en Amiens en
1716, el abate Dinouart forma parte de
aquellos eclesiásticos «mundanos» que,
en el siglo XVIII, escribieron sobre toda
suerte de temas, en particular sobre las
mujeres: es de sobra conocido el
entusiasmo del siglo por ese tema.
Dinouart, por ejemplo, publicará, en
1749, un folleto «anónimo» titulado *Le
triomphe du sexe (El triunfo del sexo)*,
que habría de valerle un disgusto con el
obispo de Amiens.

De Dinouart, la posteridad recuerda sus
traducciones latinas, sus numerosas y

apresuradas compilaciones, sus reimpressiones casi literales de obras más o menos conocidas, publicadas por otros autores. Así, uno de sus biógrafos, Camus, cuenta que el abate Sabatier de Castres dice de sus traducciones que «son las menos malas de sus obras porque el fondo no le pertenece».

Más que como autor, sus biógrafos insisten en el hecho de que hay que considerarle, cosa que en la época no parece nada excepcional, como editor, más grave incluso, como plagiarlo, algo que, además, le valdrá a propósito de *El arte de callar* el apodo de *Alejandro de los plagiarios*.

Notas

[1] Nacido en Amiens en 1716, el abate Dinouart forma parte de aquellos eclesiásticos «mundanos» que, en el siglo XVIII, escribieron sobre toda suerte de temas, en particular sobre las mujeres: es de sobra conocido el entusiasmo del siglo por ese tema. Dinouart, por ejemplo, publicará, en 1749, un folleto «anónimo» titulado *Le triomphe du sexe* [El triunfo del sexo], que habría de valerle un disgusto con el obispo de Amiens.

De Dinouart, la posteridad recuerda sus traducciones latinas, sus numerosas y

apresuradas compilaciones, sus reimpressiones casi literales de obras más o menos conocidas, publicadas por otros autores. Así, uno de sus biógrafos, Camus, cuenta que el abate Sabatier de Castres dice de sus traducciones que «son las menos malas de sus obras porque el fondo no le pertenece» («Un prêtre amiénois féministe au XVIIIe siècle: l'Abbé Dinouart [1716-1786] auteur du *Triomphe du sexe*», *Bulletin de la Société des Antiquaires de Picardie*, vol. 39, 1942, pág. 262).

Más que como autor, sus biógrafos insisten en el hecho de que hay que considerarle, cosa que en la época no

parece nada excepcional, como editor, más grave incluso, como plagiarlo, algo que, además, le valdrá a propósito de *El arte de callar* el apodo de *Alejandro de los plagiarios*. (Para más precisiones bibliográficas, remitiremos al lector al abate Daire, *Histoire littéraire de la ville d'Amiens*, París 1782, págs. 347-359). <<

[2] Abbé Dinouart, *L'Art de se taire*, Desprez, París 1771, pág. 52; Jérôme Millon, colección Atopia, 1987, pág. 105 (a partir de ahora J. M.). <<

[3] *Ibíd.*, pág. 3 (J. M., pág. 62); cf. *infra*, pág. 48. <<

[4] *Encyclopédie* de D'Alembert, s. v.
«Action». <<

[5] A. Dinouart, *L'Éloquence du corps ou l'action du prédicateur*, Desprez, Paris 1761, 2.^a ed., pág. 237. <<

[6] A. Dinouart, *L'Art de se taire*, *op. cit.*, pág. 4 (J. M., págs. 5758); cf. *infra*, págs. 41-42. <<

[7] *Ibíd.*, pág. 279 (J. M., págs. 173-174). <<

[8] *Ibíd.*, pág. 127. <<

[9] *Ibíd.*, pág. 145 (J. M., pág. 120); cf. *infra*, pág. 66. <<

[¹⁰] *Ibíd.*, pág. 128. <<

[¹¹] *Ibíd.*, págs. 247-248 (J. M., pág. 153); cf. *infra*, pág. 108. <<

[¹²] *Ibíd.*, pág. 128. <<

[13] *Ibíd.*, pág. 8 del prólogo (J. M., pág. 59); cf. *infra*, pág. 44. <<

[14] Sobre este punto, véase Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, págs. 153-212. <<

[15] A. Dinouart, *L'Art de se taire*, op. cit., pág. 155. <<

[16] *Ibíd.*, pág. 154. <<

[¹⁷] *Ibíd.*, pág. 4 (J. M., pág. 63); cf. *infra*, pág. 49. <<

[18] Véanse los capítulos I, II y III de la primera parte. <<

[¹⁹] *Ibíd.*, pág. 5 (J. M., pág. 65); cf. *infra*, pág. 51. <<

[²⁰] *Ibíd.*, págs. 5-6 (J. M., pág. 65); cf. *infra*, págs. 51-52. <<

[21] «Oráculo manual y arte de prudencia», en *Obras completas*, Aguilar, Madrid 1967, pág. 155. (N. del T.). <<

[22] A. Dinouart, *L'Art de se taire*, *op. cit.*, pág. 7 (J. M., pág. 66); cf. *infra*, pág. 53. <<

[23] Téngase en cuenta que el libro *Oráculo manual y arte de prudencia* se tradujo al francés con el título de *L'homme de cour* [El cortesano]. (N. del T.). <<

[24] A. Dinouart, *L'Art de se taire*, *op. cit.*, pág. 8 (J. M., pág. 67); cf. *infra*, pág. 53. <<

[25] *Ibíd.*, pág. 10 (J. M., pág. 70); cf. *infra*, pág. 56. <<

[26] A. Dinouart, *L'Éloquence du corps*,
op. cit., pág. 224. <<

[27] A. Dinouart, *L'Art de se taire*, *op. cit.*, pág. 9 (J. M., pág. 69); cf. *infra*, pág. 59. De igual modo, en *Oráculo manual y arte de prudencia*, las «estratagemas de intención»: «Pelea la sagacidad con estratagemas de intención: nunca obra lo que indica; apunta, sí, para deslumbrar; amaga al aire con destreza, y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre a desmentir. Echa una intención para asegurarse de la émula atención, y revuelve luego contra ella, venciendo por lo impensado» (*Oráculo manual...*,

op. cit., pág. 156). <<

[28] Véase W. Jankélévitch, *Le je-ne-sais-quoi et le presque-rien*, t. I: «La manière et l'occasion», Seuil, París 1980. <<

[29] A. Dinouart, *L'Art de se taire*, *op. cit.*, pág. 9 (J. M., pág. 69); cf. *infra*, pág. 55. <<

[³⁰] *Ibíd.*, pág. 12 (J. M., pág. 71); cf. *infra*, pág. 58. <<

[31] *Ibíd.*, pág. 207 (J. M., pág. 127); cf. *infra*, pág. 74. <<

[³²] *Ibíd.*, pág. 251 (J. M., pág. 155); cf. *infra*, pág. 111. <<